JUAN MOSCOSO

Ante la primavera árabe

LO que ya se conoce como primavera árabe ha provocado la caída de dos regimenes autoritarios y una oleada de reacciones desde Bahréin hasta Marruecos pasando por Yemen, Siria, Jordania Egipto, Libia, Túnez y Argelia, por ahora. La principal conclusión que podemos extraer es doble. La primera, que los ciudadanos árabes han perdido el miedo a manifestarse exigiendo reformas políticas y también económicas, mejoras económicas y sociales –no hay que olvidar que algunas de las principales protestas tuvieron un origen económico–. Y en segundo lugar, que la comunidad internacional y en particular Europa, la Unión Europea (UE), reaccionó con retraso y escaso entusiasmo inicial cuando se produjeron los primeros brotes de la ya consolidada revolución democrática.

> **Los jóvenes han jugado un papel fundamental en esta marea laica utilizando técnicas como Twitter o Facebook**

Esta ola de cambios demuestra que los pueblos árabes son plenamente conscientes de la gravedad e insostenibilidad de una situación política caracterizada casi sin excepción por la permanencia en el poder de unos gobernantes con vocación de perpetuarse en el tiempo sin miedo a utilizar la represión política en todos sus grados para lograrlo y de enriquecerse sin fin a costa de los recursos del Estado. Al mismo tiempo han demostrado al mundo que su opción es la democracia y no el islamismo, concepto que ha brillado por su ausencia en todos estos meses de revueltas y profundos cambios. Es más, los jóvenes –el 60 por 100 de la población árabe– han jugado un papel fundamental en esta marea laica reclamando democracia y libertad y utilizando técnicas para propagar su movimiento como las nuevas tecnologías y Twitter o Facebook. Allí donde no ha habido revueltas sus gobiernos, autoritarios todos, han intensificado sus reformas o han anunciado que van a hacerlas.

A la hora de escribir estas líneas, Túnez de nuevo sorprendía gratamente al mundo anunciando que las elecciones de las que surgirá la Asamblea Constituyente que deberá redactar un nuevo texto constitucional para el país se celebrarán el 24 de julio con listas de cremallera. Una iniciativa, la paridad entre hombres y mujeres, inédita en un país de mayoría musulmana o musulmán como pretenden los defensores de la confesionalidad. El Gobierno de transición, con el primer Ghanuchi al frente, ha logrado la estabilidad mínima necesaria para preparar el salto a la democracia superando los intentos desestabilizadores para abortar la transición protagonizados por los servidores del dictador Ben Alí, huido a Arabia Saudita, los últimos servidores de la parte más oscura y responsable de la represión que todavía se esconde en las fuerzas de seguridad o en otros estamentos. La combinación de tecnócratas, líderes opositores, personalidades diversas e incluso cabecillas de la revolución en la calle parece haber encauzado el proceso. La UE debería ser capaz de asegurar el éxito de esta convocatoria porque lo que ocurra en esta todavía frágil e incipiente democracia va a ser determinante no sólo para ella sino para el conjunto del mundo árabe, de la región entendida como mediterránea o incluso para los países de mayoría musulmana en el mundo.

Europa debe reaccionar revisando sus políticas con el Magreb y el mundo árabe, entablando contactos profundos con los nuevos actores emergentes y contribuyendo a reforzar sus planteamientos democráticos con el fin de favorecer y acompañar transiciones ordenadas. Igual que se hizo con los antiguos países comunistas de Europa del este, la UE debe contribuir de manera clara colaborando a establecer un marco democrático –partidos políticos, leyes electorales, constituciones y asambleas constituyentes, Estado de derecho, instituciones transparentes…–, y contribuyendo a reforzar sus endebles economías para que algún día dejen de ser bombas sociales.

Mientras, en Egipto, tras el clamoroso triunfo de la plaza de Tahrir, el país se adentra en un proceso de transición particular en el que el ejército juega un papel fundamental, quizá por la tutela distante que desde los Estados Unidos se concede a este país, fundamental para la seguridad de Israel y para la resolución del conflicto de Oriente Medio. Con el permiso de Túnez, si todo termina bien en el país del Nilo, Egipto puede marcar también un antes y un después para el mundo árabe por su influencia directa en Siria, Jordania y tantos otros.

No quiero dejar de mencionar la situación en Libia, donde las revueltas han dado lugar a una guerra civil y donde la comunidad internacional interviene militarmente en apoyo de los rebeldes en aplicación de la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas (ONU) en aplicación del principio de responsabilidad de proteger, en vigor desde la última reforma de la ONU en 2005. Un escenario que va a proyectar gran visibilidad a la acción europea y también norteamericana en la región que debe ser complementada con una actuación diplomática y económica mucho más clara y constructiva en este país y en todos los demás en los que tantos se la están jugando por conseguir vivir en libertad.

Juan Moscoso del Prado es diputado a Cortes por Navarra (PSOE). Doctor en Económicas.